

**Paul Willems y el onirismo en la narración:
La cathédrale de brume (traducción al español)**

J. M. CASTELLANO MARTÍNEZ / C. HUERTAS ABRIL
Universidad de Córdoba

Fecha de recepción: 25 de marzo de 2009

Fecha de aceptación: 21 de abril de 2009

Resumen: El presente trabajo se centra en la traducción al español de uno de los relatos con mayor contenido simbólico de uno de los mayores exponentes de la literatura belga del pasado siglo XX: Paul Willems. En primer lugar se analiza la relevancia de la figura del autor en su contexto histórico-social, que pone de manifiesto la repercusión que han tenido en su producción literaria las vivencias y experiencias acumuladas a lo largo de su vida. A continuación, se recoge el original de *La cathédrale de brume* en lengua francesa acompañado de una propuesta de traducción a la lengua española, en la que se pretende reflejar la carga simbólica que se desprende del relato.

Palabras clave: Paul Willems, Traducción literaria, Literatura belga, *La cathédrale de brume*

Abstract: This paper aims to focus on the translation into Spanish of the symbolic tale *La cathédrale de brume*, by Paul Willems. This author could be considered as one of the most representative writer of the Belgian literature in the 20th century. Firstly, we study the importance of Paul Willems inside his social and historical contexts. Moreover, we analyze his experiences, which highlight their influence in his literary works. Secondly, we offer the original tale in French, together with our proposal of translation into Spanish. Our translation tries to reflect the symbolic charge of *La cathédrale de brume*.

Key words: Paul Willems, Literary translation, Belgian literature, *La cathédrale de brume*

Introducción

Uno de los rasgos más importantes que se desprende de la obra literaria de Paul Willems es la presencia constante de elementos simbólicos. *La cathédrale de brume* pone de manifiesto esta característica pues, por ejemplo, el agua aparece bajo formas diversas dentro del relato representando lo efímero, mientras que la piedra simboliza la eternidad. Por ello, la traducción al español de los relatos de Willems puede resultar compleja, y son escasas las traducciones de su obra, lo que supone que se trate de un autor prácticamente desconocido en nuestra cultura. Esta es la razón por la que cabe destacar la necesidad de realizar traducciones de textos literarios, que en el caso de Willems permiten la trasmisión a nuestra lengua de una serie de referencias culturales y elementos simbólicos presentes en *La cathédrale de brume*.

1. Vida y contexto histórico-social de Paul Willems

Paul Willems nace el 4 de abril de 1912 y pasa su infancia en Missembourg. Las leyendas que le narra su madre, la también escritora Marie Gevers¹, despiertan en él la curiosidad por el encanto de la soledad así como por una lengua que no era la de su entorno. A pesar de haber nacido en la zona flamenca de Bélgica, este escritor siempre deseó el entendimiento de las dos lenguas de su país natal, a saber el francés y el neerlandés, pensamiento éste innovador para su época y vigente todavía en nuestros días.

El debate lingüístico existente en Bélgica sobre dos de sus lenguas oficiales, el francés y el neerlandés, se remonta a los principios de su constitución como Estado. Ciertamente a lo largo de todo el siglo XIX y principios del siglo pasado la lengua dominante en Bélgica fue el francés. Hasta mediados del siglo pasado toda la Administración pública, instituciones y organismos oficiales belgas utilizan la lengua francesa como oficial y nacional en todo el país. Este hecho conlleva cierto recelo en la comunidad belga de lengua neerlandesa, puesto que su lengua materna se encontraba subordinada al francés, pese incluso a que el número de hablantes del neerlandés fuera superior al de francófonos. A partir de mediados del siglo XX, tras la Segunda Guerra Mundial, ambas comunidades lingüísticas comienzan a equilibrar su posición institucional como lenguas oficiales. La monarquía belga desarrolla una serie de reformas en todo el país que acentúa aún más la autonomía de estas dos grandes comunidades lingüísticas desde el punto de vista institucional, administrativo y político, entre otros.

Como afirma el propio Paul Willems: *J'ai toujours vécu entre deux langues. J'ai pris à parler le français dans cette sorte d'île qu'était Missembourg, dans cette maison totalement isolée du reste du monde, entourée d'eau et de haies* (Emond, Ronse, Van der Kerckhove; 1992: 13). En este sentido, Willems se identifica con otros autores flamencos de lengua francesa como, por ejemplo, Max Elskamp² (Emond, Ronse, Van der Kerckhove; 1992: 229):

«Je regrette amèrement de ne pas savoir le flamand. C'était la langue qu'il m'aurait fallu, puisque la belge n'existe point !... »
écrit Max Elskamp en 1893 dans une lettre, citée par Robert Guiette. «... En d'autres termes je ne puis plus travailler, car je

¹ Marie Gevers (1883-1975). Escritora belga de finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Su obra literaria se encuentra dividida en dos partes claramente diferenciadas: la primera, hasta 1917, está compuesta por obras en verso y culmina con la publicación de la antología *Missembourg*; la segunda está compuesta por obras en prosa, entre las que destacan *Madame Orpha ou la sérénade de mai* (1933), *Guldentop* (1934) y *La ligne de vie* (1937).

² Hijo de padre flamenco y de madre valona, estudia Derecho en Bruselas pero durante la Primera Guerra Mundial ha de refugiarse en los Países Bajos, donde escribe un libro sobre su exilio titulado *Sous les tentes de l'exil!*. Otras de sus obras son: *Salutations, dont d'Angéliques* (1893), *Six Chansons de pauvre homme pour célébrer la semaine de Flandre* (1898), *Sous les tentes de l'exode* (1921) y *Chansons d'Amures* (1923).

ne suis plus sûr de savoir une langue!... Quelle bonne chose ce serait d'être d'un pays à soi, fût-ce la Belgique, si ça existait!>.

El autor afirma que no sabe hablar francés ni neerlandés correctamente, por lo que escribir supondrá para él una actividad creadora compleja. Al finalizar sus estudios de enseñanza secundaria en Amberes comienza la carrera de abogacía en la *Université Libre de Bruxelles* donde se especializa en Derecho Marítimo. A lo largo de su vida realiza numerosos viajes por Alemania y Francia, y ya de regreso a Bélgica contrae matrimonio con Elza de Groodt, siendo entonces cuando comienza realmente su producción literaria, caracterizada por imágenes que difuminan las fronteras entre la ficción y la realidad.

En 1947, Paul Willems es nombrado secretario general del Palacio de Bellas Artes, donde entra en contacto con nuevas personalidades del mundo de la cultura, que ejercen el mecenazgo sobre su producción literaria. Así, se pueden nombrar, entre otras, *Le Bon Vin de Monsieur Nuche*, *La Plage aux anguilles* y *Il pleut dans ma maison*, que tienen una buena acogida en el panorama de las letras europeas. Una vez afianzada su posición como dramaturgo, su faceta más conocida como escritor, afronta un nuevo reto escribiendo *Blessures*, una novela publicada en 1945 y que está ambientada en la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, durante más de veinticinco años la obra de Paul Willems, pese a que evita la crueldad y los aspectos negativos de la vida, nos muestra realmente sus miedos y sentimientos más profundos en una época de desolación, guerras e incertidumbre. Willems asemeja la escritura a un viaje y recoge en sus últimas obras, *Le Pays noyé*, *Le Vase de Delft* y *La cathédrale de brume*, las notas que ha recopilado a lo largo de su vida. En dichos relatos, de longitud variable, intenta plasmar las contradicciones de la vida.

2. La cathédrale de brume y su traducción al castellano

LA CATHEDRALE DE BRUME

Un jour, l'architecte V., très connu en Belgique avant la première guerre mondiale, se lassa du béton et se mit à détester le granit. Il avait remarqué que la pierre, quoi qu'on fasse, ne livre rien. Têtue, elle n'accomplit que son destin qui est de durer. Elle concentre son immense force compacte sur le centre d'elle-même. Et elle oppose toute son inertie à ceux qui tentent de la distraire en la déplaçant et la taillant. Elle a horreur de l'élan que lui donne la flèche de l'église. Elle déteste tout ce qui est ailé. Elle souffre dans le vent. Et si on l'élève au fronton d'un temple, elle saisit toute occasion pour retourner à terre. C'est pourquoi les colonnes se couchent et les monuments qui semblent immuables s'enfoncent lentement dans le sol où la pierre retrouve les ténèbres aimées.

L'architecte V. renonça à bâtir des maisons de pierre. Après des années de méditation, il construisit une cathédrale de brume.

Le principe en était simple. Les murs et la tour étaient faits de brouillard au lieu de pierres. Le brouillard ne se laissant tailler ni cimenter, la construction fut difficile à réaliser. Mais l'architecte V. savait que le brouillard suit certains chemins de l'air comme l'eau suit le lit de la rivière. V. établit donc à l'aide de souffleries adroitement combinées, des courants d'air chauds qui s'élevaient comme des murs et des colonnes en creux. Ces murailles d'air chaud se rejoignaient en forme de voûte à trente-cinq mètres au-dessus du sol. La vapeur produite par une centrale cachée sous terre suivait les chemins d'air qui lui étaient ainsi tracés.

L'architecte V. avait choisi un lieu superbe, une clairière dans la forêt d'Houthulst où les chênes et les hêtres s'élançaient plus haut encore que la voûte de l'église. Là, l'étrange monument se balançait doucement dans l'air immobile. L'architecture en était à la fois floue et précise car la vapeur, tout en ne s'écartant pas de son lit d'air chaud, était animée de courants ou plutôt d'une respiration.

Le visiteur qui venait par le chemin forestier voyait soudain, au détour d'un vieux chêne, s'élever la masse de la cathédrale. Il s'arrêtait, étonné. Après avoir longuement contemplé le monument, sans trouver d'abord la cause de sa surprise, il se rendait compte soudain que l'église n'avait ni porte ni fenêtre. Il faisait alors deux ou trois fois le tour de l'église à la recherche de quelque entrée cachée.

Il s'en allait déçu et inquiet car il soupçonnait un mystère auquel il n'était pas initié. D'autres trouvaient d'inspiration le « Sésame, ouvre-toi ». Ils entraient dans l'église en traversant les murs de brouillard.

LA CATEDRAL DE BRUMA

Cierto día, el arquitecto V., famoso en Bélgica antes de la Primera Guerra Mundial, se cansó del hormigón y comenzó a detestar el granito. Había notado que la piedra, de cualquier modo que se la trate, no cede en nada. Testaruda, sólo cumple con su destino, que es resistir. Concentra su inmensa y compacta fuerza en su propio centro. Opone toda su inercia a aquellos que intentan distraerla mientras que la desplazan y la tallan. Le horroriza el avance que le propicia la aguja de la iglesia. Detesta todo lo alado. Sufre con el viento. Y si la elevan al frontón de un templo, aprovecha cualquier ocasión para volver a tierra firme. Ése es el motivo por el cual las columnas se inclinan y los monumentos, que parecen inamovibles, penetran lentamente en el suelo, donde la piedra vuelve a reencontrarse con sus amadas tinieblas.

El arquitecto V. renunció a construir casas de piedra. Tras años de reflexión, construyó una catedral de bruma.

El comienzo fue fácil. Los muros y la torre estaban contruidos con niebla en lugar de piedra. La construcción fue una labor difícil de llevar a cabo, al no dejarse tallar ni cimentar la niebla. Pero el arquitecto V. sabía que la niebla seguía determinados caminos en el aire al igual que el agua sigue el lecho del río. Así pues, V. estableció con la ayuda de fuelles, diestramente combinados, corrientes de aire cálidas que se elevaban como muros y columnas en los huecos. Estas murallas de aire caliente se unían en forma de bóveda a treinta y cinco metros por encima del suelo. El vapor producido por una central escondida bajo tierra seguía los caminos de aire que le habían sido trazados.

El arquitecto V. había elegido un lugar magnífico, un claro en el bosque de Houthulst donde los robles y las hayas se elevaban más alto incluso que la bóveda de la iglesia. Allí, el extraño monumento se balanceaba suavemente en el aire inmóvil. La arquitectura era a la vez vaporosa y precisa ya que el vapor, al tiempo que no se alejaba de su lecho de aire caliente, era avivado por corrientes o más bien por respiración humana.

El visitante que venía por el sendero forestal se encontraba de repente, a la vuelta de un viejo roble, con la estructura de la catedral elevándose. Se detenía, sorprendido. Después de contemplar el monumento detenidamente, sin encontrar la causa de su sorpresa, descubría de repente que la iglesia no tenía ni puertas ni ventanas. Dio entonces dos o tres vueltas a la iglesia para buscar alguna entrada oculta.

Se fue decepcionado e inquieto ya que sospechaba que había un misterio para el cual no estaba preparado. Otros hallaban inspiración con un “Ábrete, Sésamo”. Entraban en la iglesia atravesando los muros de niebla.

La grande nef était admirable. Cent cinquante-quatre colonnes de brume coulaient lentement vers le haut et se rejoignaient en sept clefs de voûte. La vapeur s'y condensait en gouttes d'eau qui tombaient une à une au rythme du hasard. Elles étaient reçues au sol par d'admirables iris sculptés par l'orfèvre Wolfers. Les fleurs de ces iris d'un bleu profond étaient hérissées d'acier vibratile dont les lamelles s'émouvaient de sons ténus à chaque goutte. Cette musique, que selon la mode du temps tout le monde s'accordait à trouver violette, remplaçait les cloches que l'architecte V. n'avait pu accrocher dans la tour de brume. Mais le son au lieu de s'envoler dans l'espace comme le son des cloches n'était perçu que par l'oreille du visiteur et allait loin, très loin en lui. Et on avait l'impression que c'était la clochette d'un petit cheval qui tirait un traîneau dans la nuit que nous portons en nous, et qu'il glissait vers les plus lointaines frontières de nous-mêmes au-delà desquelles la musique meurt en une douce agonie.

Ici et là, partout, en haut, de tous côtés, les branches des arbres qui entouraient la clairière traversaient les murs et la voûte de brume. Elles avaient l'air de tenir toute l'église suspendue entre ciel et terre. Cette impression était renforcée par le lierre qui, ne pouvant s'accrocher aux parois, recouvrait le sol d'un épais tapis dont la couleur verte était exaltée par une lumière diffuse d'un gris exquis.

Malgré la protection de la forêt, l'église se dispersait les jours de grande tempête. Elle ne se reformait qu'au crépuscule à l'heure où le vent tombe. C'était alors que l'on y priait le mieux, comme si quelque archange avait soufflé la tempête de ses ailes immenses en survolant la forêt ce jour-là et puis, le soir venu, s'était posé dans le chêne millénaire proche de la cathédrale.

Mon père disait que dans cette église la prière était d'une haute ferveur parce que elle ne s'y formulait pas en mots. Debout sur le tapis de lierre, en entendant sans l'écouter la musique des iris, on était saisi par une sorte de ravissement muet. On devenait silence. Aucune voix même au plus profond de soi ne s'élevait. L'être entier se portait en un élan intense vers quelque chose, mais quoi ? Pas vers un but qui puisse se formuler, ni vers l'accomplissement d'un désir, ni vers un combat, ni vers une consolation. On se portait vers quelque chose dont on ignorait la nature. Vers tout. Vers rien. Et la joie qui répondait à cet élan n'avait pas de nom. En sortant ces soirs-là de l'église et en s'en allant par le sentier forestier, on n'aurait pu se confier à personne. On n'aurait même pu rien se dire à soi-même, car on ressentait une sorte de vide bienfaisant, comme si l'homme qui habite en nous, qui nous questionne et nous juge, était absent. Mon père me disait qu'il avait compris alors que les réponses aux questions ne sont jamais données par les explications mais par l'acceptation de la douleur et de l'angoisse.

La nave central era admirable. Ciento cincuenta y cuatro columnas de bruma crecían lentamente hacia lo alto uniéndose en siete claves de bóveda. Allí, el vapor se condensaba en gotas de agua que caían una a una sin orden ni concierto. Eran recogidas en el suelo por los hermosos lirios que había esculpido el orfebre Wolfers. Las flores de éstos, de un azul intenso, estaban recubiertas de acero vibrátil cuyas láminas vibraban con cada gota que caía. Esta música, que según la moda de la época todo el mundo reconocía como violeta, remplazaba las campanas que el arquitecto V. no había podido colgar en la torre de bruma. Pero el sonido, en lugar de propagarse en el espacio como el tañido de las campanas, sólo lo podía oír el visitante y se iba con él lejos, muy lejos. Parecía el cascabel de un caballito que tiraba del trineo en la noche que llevamos en nuestro interior y que se deslizaba hacia las fronteras más lejanas de nosotros mismos, más allá de las cuales la música muere en una dulce agonía.

Aquí y allí, por todas partes, en lo alto, por todos lados, las ramas de los árboles que rodeaban el claro del bosque atravesaban los muros y la bóveda de bruma. Parecía como si sostuvieran la iglesia entre el cielo y la tierra. Pero esta impresión tomaba aún más fuerza por la hiedra que, al no poder trepar por las paredes, cubría el suelo con una espesa alfombra cuyo color verde se intensificaba con una luz difusa de un gris exquisito.

A pesar de la protección que el bosque le ofrecía, la iglesia se dispersaba en los días de tormenta. Sólo se volvía a formar cuando llegaba el crepúsculo, en la hora en que el viento amainaba. Era entonces cuando mejor se podía rezar, como si algún arcángel hubiera ahuyentado la tormenta con sus inmensas alas al sobrevolar el bosque. Y luego, al caer la noche, se posaba en el roble milenario próximo a la catedral.

Mi padre decía que en esta iglesia la oración suscitaba un gran fervor, pues no se rezaba con palabras. De pie sobre la alfombra de hiedra, oyendo sin escuchar la música de los lirios, una especie de encanto mudo lo envolvía todo. Se hizo el silencio. Ninguna voz, ni siquiera en lo más profundo de su interior, se alzaba. Todo su ser estaba impregnado de un impulso intenso hacia algo, pero, ¿qué era? No hacia un fin que pudiera formularse, ni hacia el cumplimiento de un deseo, ni hacia lucha alguna, ni hacia el consuelo. Lo llevaba hacia algo que la naturaleza ignoraba. Hacia todo. Hacia nada. Y la alegría que respondía a este impulso no tenía nombre. Al salir aquellas tardes de la iglesia e irse por el sendero forestal, no habría podido confiar en nadie. Ni siquiera en uno mismo, ya que se experimentaba una especie de vacío placentero, como si el hombre que habita en nuestro interior, que nos cuestiona y nos juzga, estuviera ausente. Mi padre me decía que había comprendido entonces que las respuestas a las preguntas nunca se daban mediante explicaciones, sino mediante la aceptación del dolor y la angustia.

Pour aller à la cathédrale de brume on prenait un sentier assez large où l'on marchait facilement à trios ou quatre de front. Mais pour le retour (et surtout après les prières, ou devrais-je dire: méditations?) on prenait un autre sentier plus étroit où l'on marchait seul parce que l'on avait besoin de silence et que de visiteur on était devenu pèlerin.

Mon père a visité plusieurs fois la cathédrale de brume. Il m'a raconté qu'il y avait passé la veillée de Noël avec des amis en 1901. Ils avaient soigneusement préparé cette petite expédition. Pour laisser à la nuit son mystère ils avaient décidé de ne pas se munir de lanternes ni d'aucune autre lumière, renonçant même à la pipe et aux cigarettes estimant que la flamme des allumettes abîmerait l'obscurité. Se souvenant du petit poucet, ils avaient envoyé l'un d'eux pendant le jour baliser de cailloux blancs le sentier de la forêt.

Ils se mirent en marche vers onze heures du soir pour arriver à minuit à l'église. Bottés et chaudement habillés, ils avaient l'impression de marcher dans une de ces immenses forêts du nord qui n'ont jamais livré leurs secrets. Tout autour d'eux le silence des bois d'Houthulst était impressionnant et était rompu seulement par le bruit de leurs pas sous lesquels se brisaient les feuilles mortes gelées avec des sons transparents comme si de minces plaques de verre volaient en éclats. Ils suivaient les cailloux blancs faiblement éclairés par les vagues reflets du ciel et qui avaient l'air de petites étoiles mourantes.

Quand ils arrivèrent dans la clairière ils distinguèrent la masse obscure et comme ouatée de l'église, à la fois plus profonde et plus douce que la dure nuit de la forêt. Ils traversèrent les murs à tâtons. Aussitôt ils furent plongés dans l'obscurité totale. Le tapis de lierre souple sous leurs pieds dégageait un parfum amer. Ils surent qu'ils étaient dans la grande nef. L'un d'eux se cogna contre un iris dont la fleur vibratile fit entendre une plainte ténue qui était effrayante dans le silence et l'obscurité. Comme si à quelques pas d'eux, un être minuscule et charmant leur disait qu'il allait mourir.

Ils se rendirent de tomber des clefs de voûte et que la musique des iris s'était tue. Alors aucun d'eux n'osa plus bouger.

*

Mon père me raconta qu'ils étaient restés immobile pendant des heures. Ils avaient l'impression que leur pensée même gelait. «Étrange, me dit-il, toutes les sensations s'ankylosent une à une et la respiration se fait toute petite comme si elle n'osait plus sortir de la poitrine. Nous avons la certitude qu'une sorte de miracle allait se produire. Peut-être allons-nous assister à notre propre mort, ou à quelque chose de plus simple et de plus merveilleux encore. Et c'est pour cela que nous restions tout à fait immobiles.

Para ir a la catedral de bruma, había que tomar un camino bastante ancho, por el que tres o cuatro personas podían fácilmente caminar. Pero a la hora de volver (y, sobre todo, después del rezo, ¿o debería decir meditación?), cogíamos otro sendero más estrecho por el que uno andaba solo, porque tenía la necesidad del silencio y el visitante se convertía en peregrino.

Mi padre visitó en numerosas ocasiones la catedral de bruma. Me contó que, en 1909, había asistido a la Misa del Gallo con sus amigos. Habían preparado con mucho esmero esta pequeña excursión. Para no alterar el misterio de la noche, mi padre y sus amigos decidieron no llevar linternas, ni ningún otro tipo de luz, renunciando incluso a las pipas y a los cigarrillos, pues consideraban que así no romperían el encanto de la oscuridad de la noche. Recordando a Pulgarcito habían enviado a uno de ellos durante el día para señalar con piedrecitas blancas el sendero forestal.

Se pusieron en marcha hacia las once de la noche, con el fin de llegar a medianoche a la iglesia. Con botas y abrigados confortablemente, parecían caminar por uno de esos inmensos bosques del norte de los que aún no se conocen todos sus secretos. En torno a ellos, el silencio del bosque Houthulst era impresionante y únicamente se rompía por el ruido de sus pasos bajo los cuales crujían las hojas muertas y congeladas, con sonidos transparentes como si volaran esquirlas de finas láminas de cristal. Seguían las piedrecitas blancas iluminadas débilmente por la tenue luz de los vagos reflejos del cielo, que parecían pequeñas estrellas que se fueran apagando.

Cuando llegaron distinguieron en la claridad la masa oscura y como acolchada de la iglesia, al tiempo más profunda y más dulce que la noche cerrada del bosque. A tientas, atravesaron los muros. De repente se vieron inmersos en una oscuridad total. La ligera alfombra de hiedra que se adaptaba a sus pies desprendía un aroma amargo. Sabían que estaban en la nave central. Uno de ellos tropezó con un lirio cuya flor vibrátil emitió un tenue quejido, que sonó pavoroso en el silencio y la oscuridad. Como si a algunos pasos de ellos, un ser minúsculo y encantador les dijera que iba a morir.

Se dieron cuenta de que el frío impedía que las gotas de agua cayeran desde las claves de la bóveda y de que la música de los lirios se había apagado.

Por eso, ninguno de ellos se atrevió a moverse más.

*

Mi padre me contó que permanecieron inmóviles durante horas. Tenía la impresión de que incluso el pensamiento se le congelaba. Me dijo: “Fue extraño, todas las sensaciones se paralizaron una a una, y las respiración disminuyó tanto como si no se atreviera a salir del pecho. Teníamos la certeza de que se iba a producir algún milagro. Quizás íbamos a asistir a nuestra propia muerte o a cualquier otra cosa aún más simple y maravillosa. Y por eso nos quedábamos completamente quietos.

Nous avons la certitude qu'une sorte de miracle allait se produire. Peut-être allions-nous assister à notre propre mort, ou à quelque chose de plus simple et de plus merveilleux encore. Et c'est pour cela que nous restions tout à fait immobiles. Nous avons l'impression que si nous bougions nous bouleverserions les immenses mécanismes de l'Immobilité et du Silence où se préparait un événement extraordinaire. Cela te semblera incroyable, continuait mon père, mais nous sommes restés là sans bouger pendant près de sept heures. Et ce temps fut à la fois très long et très court.

Soudain, au moment où le froid se faisait le plus intense, la voûte de la cathédrale s'ouvrit sur un ciel bleu, presque noir, où était accroché un croissant de lune et où brillaient cruellement des milliers d'étoiles.»

Mon père se taisait à ce moment de son récit pour me laisser le temps d'imaginer le ciel, immense lac gelé, où es étoiles et la lune restaient prises dans une glace de jais.

«Alors, continuait mon père, une chose étrange et merveilleuse s'accomplit dans la lenteur. La lenteur des aiguilles d'une montre. Après avoir dévoré la voûte de l'église, le froid s'attaqua aux murs et aux colonnes. L'église entière fut absorbée par la nuit et les conduites gelées cessèrent de souffler de la vapeur.»

Quand le soleil se leva un peu après sept heures, mon père et ses amis poussèrent un cri d'admiration. Certains tombèrent à genoux, d'autres dansaient sur place comme des enfants, d'autres levaient la main, comme les personnages de certains tableaux romantiques qui, d'un geste, fixé pour l'éternité par le peintre. Désignent à notre attention un paysage de montagne où glisse sans bouger le chaos d'un glacier.

«Mais, disait mon père, ce que nous voyions n'était pas un chaos, c'était l'harmonie la plus parfaite que j'aie vue de ma vie, véritable vision qui semblait être une sorte d'aboutissement de notre longue attente gelée. La cathédrale de brume s'était condensé en givre au millions de ramilles des hêtres et des chênes immenses qui entouraient la clairière. Elle étincelait au soleil, reconnaissable dans tous les détails de son architecture. J'avais l'impression que nous la voyions reflétée dans un de ces grands miroirs légendaires où l'hiver gèle à jamais ses plus beaux souvenirs. Certains de mes compagnons (ceux qui s'étaient défaits de ses murs, de ses colonnes et de ses voûtes, qu'elle avait abandonné aux arbres jusqu'à son image et qu'elle s'était jointe aux rois mages pour offrir à l'Enfant une église de rêve.

Pendant que nous parlions non sans exaltation continuait mon père, le vent avait brusquement tourné à l'ouest, la température s'était adoucie, et la neige s'était mise à tomber à flacons serrés. En un quart d'heure, à innombrables petites touches et chutes silencieuses, la neige effaça de sa blancheur la blancheur de l'église de givre. Et les branches lentement fléchirent sous le poids immense des flocons légers. Le silence de la neige est différent de celui de la gelée. C'est un silence qui efface tout, même les formes, même les êtres humains. Le son de nos voix changea et ploya aussi sous tant de blancheur, pendant que les flocons s'amoncelaient sur nos vêtements et nos chapeaux.

Teníamos la impresión de que si nos movíamos trastocaríamos los inmensos mecanismos de la Inmovilidad y del Silencio donde se preparaba un extraordinario acontecimiento”. Mi padre continuó: “Te parecerá increíble, pero permanecemos allí sin movernos cerca de siete horas. Y ese tiempo se hizo, a la vez, muy largo y muy corto.

De repente, a medida que el frío se iba haciendo más intenso, la bóveda de la catedral se abrió mostrando un cielo azul, casi negro, del que pendía una luna creciente y donde brillaban de forma cruel miles de estrellas.”

En este momento, mi padre dejó de contar su relato dejándome tiempo para que pudiera imaginar el cielo, inmenso lago helado, en el que las estrellas y la luna estaban prendidas en un cristal de azabache.

“Entonces, continuó mi padre, algo extraño y maravilloso ocurría con lentitud. La lentitud de las agujas de un reloj. Después de haber devorado la bóveda de la iglesia, el frío atacó los muros y las columnas. Toda la iglesia fue absorbida por la noche y los conductos helados dejaron de echar vapor.”

Cuando salió el sol, poco después de las siete, mi padre y sus amigos lanzaron un grito de admiración. Algunos se arrodillaron, otros bailaron como niños, otros levantaron la mano como los personajes de algunos cuadros románticos que, con un gesto, fijado por el pintor para la eternidad, llamaban nuestra atención sobre un paisaje de montaña en el que se desliza sin moverse la avalancha de un glaciar.

“Pero, dijo mi padre, aquello que veíamos no era un alud, era la armonía más perfecta que jamás había visto en toda mi vida, una verdadera visión que parecía ser el resultado de nuestra larga espera helada. La catedral de bruma se había condensado en escarcha sobre las millones de ramitas de las hayas y de los robles inmensos que rodeaban el claro del bosque. Brillaba al sol, de forma que se podían apreciar todos los detalles de su arquitectura. Tenía la impresión de que la veíamos reflejada en uno de esos grandes espejos legendarios en los que el invierno helado nunca ha podido dejar sus bellos recuerdos. Algunos de mis compañeros (aquellos que se habían arrodillado) decían que la catedral carecía de muros, columnas y bóvedas, que había abandonado a los árboles hasta su imagen y que se había unido a los reyes magos para ofrecer al Niño una iglesia de ensueño.

Mientras hablábamos, no sin exaltación, continuó mi padre, el viento había cambiado de rumbo hacia el oeste bruscamente, la temperatura se había suavizado y empezaron a caer multitud de copos de nieve. En un cuarto de hora, con numerosos y pequeños copos, la nieve eclipsó con su blancura, la blancura de la iglesia de escarcha. Y las ramas lentamente se vencieron debido al enorme peso de los ligeros copos. El silencio de la nieve es diferente al de las heladas. Es un silencio que lo envuelve todo, incluso las formas, incluso a los seres humanos. El sonido de nuestras voces cambió y cedió también ante tanta blancura, mientras que los copos se acumulaban en nuestras ropas y en nuestros sombreros.

Alors, sans nous concerter, nous sommes partis en empruntant le sentier des pèlerins dont on devinait encore le tracé grâce à une légère dépression de la neige. Je me retournai une dernière fois vers la clairière. Déjà les flocons s'affairaient en une sorte de chuchotement silencieux à effacer nos pas, afin que personne ne puisse jamais en suivre les traces et retourner vers la clairière pour y chercher quelque vestige attestant l'événement extraordinaire auquel nous venions d'assister. D'ailleurs le givre et les traces de pas dans la neige appartiennent à l'Éphémère. Et on ne saurait jamais effacer assez vite les indices matériels d'un miracle qui n'appartient qu'à l'instant et dont la durée ne peut se prolonger que dans la mémoire. Toute ma vie, disait mon père avec émotion, j'ai porté l'église de givre en moi et j'essaie de t'en transmettre l'image. Ne va jamais dans la forêt d'Houthulst. D'ailleurs elle a été presque entièrement détruite en 1918 lors d'une bataille meurtrière entre les armées belges et allemandes. On m'a dit que ses amis ont voulu rendre hommage à son génie. Ils ont eu l'idée saugrenue de lui élever un tombeau dans la forêt. Mais comme la forêt n'existe plus, ils ont dû se rabattre sur un petit bois de quelques hectares, dernier vestige des bois immenses qui faisaient eux-mêmes partie il y a mille ans de la Forêt-Charbonnière.

Et vois, concluait mon père, pour évoquer le souvenir de l'architecture V, pour rendre son nom indestructible, ils ont placé sur le lourd tombeau une lourde pierre de granit, et l'épithaphe est gravée en lourdes lettres. On lit :

Ci-gît
l'architecte V.
II
construisit
une cathédrale de brume

Nul doute, disait mon père sans dissimuler sa joie, que la tombe de granit que personne ne va plus saluer, s'enfonce lentement dans le sol où la Pierre retrouve les ténèbres aimées.»

Además, la escarcha y la huella de nuestros pasos en la nieve pertenecían a lo Efímero. Y no podremos jamás borrar de nuestra memoria los indicios materiales de un milagro que sólo pertenecía a un instante y cuya duración no se puede prolongar nada más que en la memoria. Toda mi vida, decía mi padre emocionado, llevé dentro de mí la iglesia de escarcha e intento trasmitirte esa imagen. Nunca vayas al bosque de Houthulst. Además está totalmente destruida desde que en 1918 se librara una cruel batalla entre el ejército belga y el alemán. Me han dicho que no queda resto alguno de la iglesia. V. no sobrevivió a la destrucción de su obra. Me han dicho que sus amigos quisieron rendirle un homenaje a su genio. Tuvieron la idea absurda de hacerle una tumba en el bosque. Pero como el bosque ya no existe se han tenido que conformar con un pequeño bosque de algunas hectáreas, último vestigio de los bosques inmensos de los que ellos formaban parte hace mil años, el Fôret-Charbonnière.

Y mira, concluyó mi padre, para evocar el recuerdo del arquitecto V., para que su nombre nunca desaparezca, colocaron sobre la pesada tumba una pesada piedra de granito cuyo epitafio está gravado con grandes letras. Se lee:

Aquí yace
el arquitecto V.
Él
construyó
una catedral de bruma

Nadie lo duda, dijo mi padre sin disimular su alegría, la tumba de granito que nadie va a visitar penetra lentamente en el suelo, donde la piedra vuelve a reencontrarse con sus amadas tinieblas.”

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- EMOND, P. RONSE, H. VAN DER KERCKHOVE, F. *Le monde de Paul Willems. Textes, études, documents*, Bruxelles, Labor, 1992.
- GURRERA ROIG, M. “El pluralismo lingüístico en Bélgica”. En: *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), n.º 54, 1986, pp. 189-203.
- LISSE, (M.) “Une poétique de la mémoire. Note sur *Un arrière-pays* de Paul Willems”. En: *Textiles*, Bruselas, n.º 9, 1992, pp. 263-270.
- MARTINIELLO, M., “Separación versus unión: La nueva política de la dinámica nacionalista belga”. En: *Antropología: revista de pensamiento antropológico y estudios etnográficos*, n.º 9, 1995, pp. 65-80.
- MIKOLAJCZAK-THYRION, F. “Les années d’apprentissage de Paul Willems”. En: *Textiles*, Bruxelles, n.º 5, 1988, pp. 5-12.
- MUINZER, L. A. “Some Green Reflections. Paul Willems en Irlande”. En: *Textiles*, Bruxelles, 1988, n.º 5, pp. 105-115.
- WILLEMS, P. *La cathédrale de brume*, Belgique: Éditions Fata Morgana, 2005.